



MERILLOT

RELATO LOCUTADO

Shadowlands





por Álvaro Loman

inspirado en

Cazadores de Sueños de París

de Robin D. Laws, Kenneth Hite y Steve Dempsey

CAPÍTULO 1

Mi nombre es... No recuerdo cuál es mi nombre.

Sé que me llaman Merlot, pero sé que no es mi nombre, sino mi variedad de uva favorita.

- ¡Merlot, baila y te pago la próxima!
- Me apuesto un franco a que Merlot puede aguantar cinco puñetazos seguidos.
- Maldito vago, Merlot. ¡Vete a otra taberna a dormir la mona!

Supongo que bebía para olvidar, pero lo he hecho demasiado bien y ya no es necesario. Ahora simplemente bebo porque es más fácil que no hacerlo. Mi alma tiene una sed irrefrenable y mi cuerpo solo quiere olvidar la última paliza, la última vejación bajo el puente del Sena. Porque sí, no recuerdo mi nombre, pero sí sé que vivo en París.

No en una casa en París, sino en la propia ciudad. Mi dormitorio es un parque, mi comedor un cubo de basura y mi baño cualquier pared con un mínimo de intimidad.

Las noches se confunden cuando vives en la calle. Solo existe el atroz frío del invierno y el apesoso calor del verano. Todo lo demás se desdobra. Las comidas calientes no llegan como un reloj sino más bien como botellas lanzadas a un mar embravecido que solo a veces devuelve algo más que dolor y rabia.

Pero de todos los posibles regalos envenenados que me ha podido hacer París, el peor de todos llegó hace poco. En forma de sueño.

Esa noche bebí de más. Eso no significa resaca y cuerpo dolorido, eso es lo normal. Beber de más para mí es vomitar sangre y perder la visión durante horas. Es aterrador, pero la alternativa sería no beber. No soy capaz de la alternativa.

Buscaba algún sitio donde dormir. Una basura rezumante, para que su calor me acompañara durante esa noche otoñal. Un sitio lejos de las tabernas, para que ningún gracioso achispado sintiera la tentación de entretenerse con mi pobre cuerpo dolorido. No sé cuánto tiempo estuve dando tumbos; caminando, cayendo, levantándome y volviendo a caerme.

Solo sé que me desperté y el sol me golpeaba en los ojos.

No era el sol al que estaba acostumbrado. Era más bien como si lo viera a través de una gasa verde. Me había quedado dormido en la orilla del Sena, con los pies dentro del agua. Pero no era el Sena, sino un mar sin final, con criaturas zancudas del tamaño de la Notre Dame danzando a sus anchas, sin meterse con nadie, andando por encima de los barcos que venían a la ciudad.

No estaba ya en París, pero alguien me ayudaba a levantar. Era un hombre vestido con ropa de arpillera, como un campesino. Tenía las manos sudorosas. No, eran sudorosas. Eran... húmedas. Como un sapo o el ojo de un besugo. Algo me decía que no era humano, pero no era capaz de enfocar la vista para saber qué era lo que le convertía en NO humano.

La costa me golpeaba en los pies mientras el hombre intentaba levantarme. Me habló en una lengua que parecía un diálogo de dos serpientes y una rana. Sonidos que no creo que una garganta humana pudiera realizar.

Aun así, entendí perfectamente lo que me dijo:

“Bienvenido a Hlanith”.

CAPÍTULO 2

Huía.

Era difícil saber de qué. Era imposible saber hacia dónde, pero huía.

¿Por qué no había despertado de esta pesadilla?

¿Por qué seguía ahí?

Rezaba a Dios y le pedía perdón por todas las veces que había utilizado su nombre en vano. Le suplicaba clemencia y le prometía cosas que sabía que sería incapaz de cumplir, pero cualquier cosa por salir de ese sitio horrible.

Hlanith sería una ciudad costera más, con su olor a pescado metido en lo más hondo de la madera y su sonido constante de gaviotas peleando. Incluso el mercado estaba ahí; una lonja abarrotada con subastas a gritos y vendedores intentando sacar adelante su género. Los barcos entraban y salían del puerto, los carromatos hacían lo propio en los caminos de entrada.

Todo parecía normal. Pero nada lo era.

Los habitantes eran humanos, pero solo cuando les mirabas de frente. Como si sus reflejos en el agua devolvieran una versión deformada y satánica, más parecido a una gárgola de la catedral que a un pescadero al uso.

Los pescados eran irreconocibles.

Algunos parecían pequeños fetos que boqueaban en busca de aire y otros recordaban a perros dados la vuelta, como si su carne estuviera alrededor de la piel. Era repugnante, pero totalmente normal para esos seres, que lo comentaban con regocijo.

- ¡Recién traído de Leng! ¡Compra mientras todavía agoniza!
- La semana pasada me vendiste pescado en mal estado ¡Las uñas se le caían de las manos!
- Mira las branquias de este humano, ¡fresquísimo!

Pensaba que seguía borracho. Era la única posibilidad. Si no fuera por todo lo que pasó después, seguiría pensando que era todo una alucinación provocada por la bebida. Muchos de los habitantes se percataron de mi presencia en cuanto el... ¿hombre? Me ayudó a levantarme. Se me acercaron y me intentaban tocar. Juraría que uno me chupó dos dedos de la mano derecha. Era repugnante.

Estaba completamente agobiado. Los seres se amontonaban a mi alrededor y aspiraban fuerte. Parecía que mi olor les resultaba delicioso. Mi salvador empezó a increparles. Les gritaba y unas aletas le salieron del cuello. Siseaba y enseñaba unos dientes más puntiagudos de lo habitual.

- ¡Es mío! ¡¡Yo lo encontré!!!

En un momento dado, algunos saltaron y mi protector sacó un cuchillo no sé de dónde. Le cercenó el cuello a uno y una sangre putrefacto y hedionda, negra y semi-coagulada, con olor a gangrena y marisco inundó el enrarecido ambiente. De una patada devolvió al atacante a la multitud y la sangre nos manchó a todos. Algunos de sus compañeros empezaron a quitarle las pertenencias de sus bolsillos cuando todavía seguía con vida, intentando detener inútilmente la hemorragia.

Corrí.

No miré atrás. Simplemente corrí a través de ese lugar tenebroso y cruel.

- ¡Te he salvado la vida! Me lo debes.

Mi salvador me perseguía. Se había zafado de los demás y me seguía. Parecía exigir un pago por lo ocurrido.

- ¡¡¡Al menos déjame inspeccionar tus intestinos!!!

Huí sin saber a dónde.

Pasaron tres días antes de que volviera a París.

Para entonces ya era evidente que la pesadilla no era fruto del alcohol. Ojalá.

CAPÍTULO 3

Tres días estuve en esa tierra extraña sin Dios.

No sé cuántas horas fueron porque no es así cómo funcionan los sueños. Simplemente corrí hasta que se hizo de noche. No paré hasta que volvió el sol y seguí corriendo varios ciclos más. En un momento dado caí y... estaba de vuelta en París.

- Fascinante. Cuéntame más.

¿Eh?

- Fuiste a la ciudad esa, con pescado que parecían personas. Se pelearon por ti, huiste y aquí estás.

Sí. Sí. Algo así.

- ¿Y dónde apareciste exactamente? En qué calle, ¿era una hora concreta? ¿Quizás la posición del sol?

Ehh, no. No sé. Había calles que parecían París y de repente, no sé, cada vez eran menos extrañas. Más reales. Me... recuerdo pasar frente al Arco del Triunfo.

- ¿Cruzaste el Arco? ¿Apareciste por ahí? ¿Es eso? ¿El portal místico está ahí? Así es como se viaja, entonces. Tiene sentido, es un símbolo de la victoria en el sinsentido que es la guerra. El portal a la Tierra del Sueño es la representación física de un sueño. ¿Estás seguro que era ahí?

No, no. No. Pasé por allí, pero ya llevaba tiempo en París. ¿Tierras del Sueño? ¿Así se llama ese sitio? No recuerdo por dónde lleg... perdona, ¿tú quién eres?

- ¿Acaso importa eso? Toma, bebe más vino. Me han dicho que te gusta esta uva. Sigue contándome.

Ahh, está muy bueno.

No bebí nada en esos tres días. Lo echaba en falta. Bueno, no. No lo echaba en falta. No sé. En todo momento tenía la sensación de que una botella aparecería en mi mano. No puedo explicarlo, es como si tuviera la certeza de que podía pensar en una botella y me aparecería. Estaba tan asustado... No lo quise intentar.

- Continúa.

¿Eh?

- Me estabas explicando cómo llegar a la Tierra de los Sueños.

Eh, no. No lo sé. ¿Puedes servir más?

Gracias. Sí.

Ahm, está delicioso.

¿Te dije cómo llegar? No me acuerdo.

- Dijiste que estabas borracho y que deambulaste por París.

Ah, sí. Eso sí. Fue así, sí. Estaba MUY borracho. Voy a dejar de beber, ¿sabes? No quiero volver allí nunca más. Esta copa y... esta copa y ya.

- Sí, claro. Ups, la botella se ha acabado. Espera que traigo otra más. Lo te irás sin mí a Hlanith, ¿verdad?

No, no. No voy a volver nunca ahí. Nunca. Fue horrible. No voy a volver a tocar el alcohol. Solo hoy. Como despedida. Nunca más.

- Aquí tengo la nueva botella. Bebe, estarás sediento.

Sí... Sí, tengo sed, sí.

Uf, mi cabeza.

...

¿Ese olor? Esa luz verdosa... ¿Es eso la costa?

No.

NO, NO, NO.

- Hombre, ya despiertas, Merlot.

¡¡¡HE VUELTO!!! Estoy aquí otra vez.

No, POR FAVOR. ¿Por qué?

- Gracias por traerme, amigo mío.

¿Quién eres? ¿Por qué me has traído aquí?

- No te traje yo. Viniste aquí por tu propio pie. Yo solo te seguí.

No, por dios. ¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? ¿¿¿QUIÉN ERES TÚ???

- ¿Yo? Mi nombre es André Breton. Artista, editor y, por fin, SOÑADOR.

CAPÍTULO 4

-Jajajajaja-

Bretón se ríe con unas carcajadas maníacas. Le da igual estar en la tripa de un barco. Le da igual estar encadenado con otras personas. Le da igual que le vayan a vender como esclavo. No ha parado de reír desde que llegamos aquí.

-Bueno, bueno, bueno -dice el pirata que nos... pastorea a todos- Menuda mercancía hemos pescado -me mete los dedos en la boca. Tira de mi dentadura, comprobando si está en su sitio-. ¡Si hasta tienen todos los dientes intactos!

-¿Dónde nos llevas? -le pregunto sollozante- No tengo dinero.

-¿Dinero? No lo entiendes, forastero. Tú ERES dinero. En la meseta pagarán mucho por tu pellejo. Ahora descansa, no quiero tener que darte una paliza. Los hombres de Leng pagan menos cuando faltan trozos. Además, es más difícil mantener las cadenas en su sitio.

Su amenaza surte efecto. Me callo y le acompaño con la mirada mientras sube a cubierta, no sin antes golpear a algún otro esclavo, por mera diversión. André Breton, el cerdo que me trajo aquí no para de reír.

-Vamos a morir. Me has traído aquí y... VAMOS A MORIR.

Breton no para de reír en ningún momento. Le agito para que reaccione, pero no parece funcionar. Le abofeteo.

-CONTESTA, IMBÉCIL.

-¡Estamos soñando! Es MARAVILLOSO. Es tal y como me habían contado. ¡Maravilloso!

-¿Has oído al pirata? -después de tanta miseria, la risa de Breton me suena a insulto-. ¡Nos van a vender como esclavos ¡o comida! ¡O yo que sé!

Breton POR FIN deja de reír, ya agotado de tanta risa.

- Relájate y disfruta, Merlot. Ya despertaremos. Tú relájate.
- ¿Por eso dejaste que nos raptaran? No moviste ni un dedo. Les saludabas como un estúpido mientras nos echaban la red.
- ¿Para qué pelear? ¡Si es un sueño! -me dan ganas de estrangularte-. Pero un sueño de verdad. De la Tierra de los Sueños. No todos los mortales pueden ver estas cosas, ojo.

Sus palabras me dejan boquiabierto. Estamos en la bodega de un barco esclavista. Encadenados unos a otros. Y este imbécil lo trata como si fuera un regalo que me ha hecho...

- Míralo por el lado bueno -continúa con su discurso psicótico-. Me refiero a mí, claro. Por el otro lado estás encadenado a un muerto... ¿o aun respira?

Lo compruebo. No respira.

- ¿Cómo puedes estar tan tranquilo? Vamos a morir aquí y tú...

Y en ese mismo instante Breton se levanta. Sus cadenas caen al suelo, como si nunca hubieran estado alrededor de sus muñecas. André camina mirando en derredor, como si contemplara una galería de arte.

- ¿Te has quitado las cadenas? -no doy crédito a lo que veo.
- Tanto vino que ha podrido la cabeza, Merlot. Estás SOÑANDO. Las cadenas no existen. Tú no existes. O sí. No sé, esa parte no la tengo clara.

- ¡TE HAS QUITADO LAS CADENAS!
- Qué pesado eres. No tienes cadenas. Piénsalo. Piensa que no tienes cadenas y simplemente no las tendrás.

Breton sigue paseando tan tranquilo entre los asustados hombres y criaturas que están encadenados, demasiado cansados como para intentar escapar.

-
- No te entiendo.
- Qué desperdicio -hay pena en su mirada. No una lástima sincera, sino una cargada de odio y maldad-. Y pensar que tú puedes entrar aquí y yo no -suspira y niega con la cabeza. Luego se recompone y me estrecha la mano- Oye. Gracias por traerme. Me has sido de mucha ayuda, pero ahora me tengo que ir.

Es el momento que elige el pirata para volver a la bodega.

- Ey, tú. ¿Cómo te has soltado?

Desenvaina su sable y se acerca a André a buen paso. Por fin alguien le va a callar la boca.

- Adiós, Merlot. ¡Que tengas dulces sueños!

Breton habla y empieza a desaparecer. Se vuelve transparente y, simplemente, se desvanece. El sable del pirata silba donde, milésimas de segundo antes, estaba su cuello.

- ¡¡¡No me dejes aquí!!! -grito sin saber qué hacer.
- ¿Dónde ha ido este maldito? -el pirata se enfrenta a mí-. Eh, tú. Tu compañero, ¿dónde está!
- N...no lo sé. ¡Ha desaparecido! Delante de mis ojos. Se ha ido. Y me ha dejado aquí.
- ¡Mientes! ¿Dónde diablos está?
- Yo... yo... No lo sé.

Se va renfunfuñando algo. Vuelve enseguida portando un látigo. Lo empieza a desenroscar. Me cubro con las manos y me orino encima.

- Maldito borracho sarnoso. Va a saber lo que es bueno. Vsa a estar sacando trozos de piel del suelo durante toda la travesía.
- Por dios bendito, no sé nada -suplico mientras veo el látigo restallar-. Me ha dejado aquí. Yo no sé dónde ha ido. POR FAVOR, NO ME GOLPEES. POR FAVOOOOOOOR.

No sirve de nada.

Pierdo el número de veces que me golpea. Solo me pregunto por qué no me desmayo del dolor.

-
- Merlooooooot. Merlooooooot, despierta.

Es la voz de Breton de nuevo. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Me intento mover, pero sigo encadenado.

- ¿Quién anda ahí? ¡¡¡AHH!!! Por favor, no me pegues más.
- Tranquilo, Merlot. Ya no estás soñando. Estás aquí, en París. Conmigo.
- ¿Qué?

Estoy confundido, pero es cierto que huele y suena diferente. Estoy en lo que parece un sótano, mal iluminado por un ventanuco que da a un patio trasero lleno de vegetación y trastos viejos.

- Sí, hombre. ¡Una semana has estado fuera! ¡Menuda fiesta en el barco, ¿eh?
- Pero... serás malnacido. ¡¡¡Te fuiste y me dejaste solo!!!
- No, si quieres me quedo allí para que me fustiguen.
- ¡Me azotaron durante días!
- Bah. Pero era un sueño. Tócate la espalda, ¡no te han hecho nada!

Maldita sea, ¡tiene razón! La espalda está impoluta. Sin ni un rasguño causado por el látigo.

- No puede ser. Pero si me dieron cientos de latigazos. Tenía la espalda llena de heridas...
- Te dije que te despertarás. Si es que no me haces caso, Merlot.
- ME DEJASTE ALLÍ PARA QUE ME AZOTARAN. TE MATO

Intento estrangularle y las cadenas me paran. Entonces entiendo que algo terrible está ocurriendo.

- ¿Por qué estoy encadenado? ¿No estamos de vuelta en París?
- A ver, en esta semana ha descubierto una cosa. Sigo sin poder viajar a la Tierra de los Sueños yo solo. Así que cuando te vi inconsciente debajo de un puente me dije. ¡Anda, si ha vuelto! Pues ahora no se me escapa.

No sé cómo volví. Simplemente desperté, supongo. Ahora eso da igual.

- ¿Que no me escapo?
- Claro, aquí en mi sótano estás genial. Y así podré ir a las Tierras del Sueño ¡siempre que quiera!

Evidentemente la pesadilla no había terminado.

CAPÍTULO 5

Sigo encerrado en este sótano. Nadie parece escucharme y he perdido toda esperanza.

Espera. ¿Qué es eso que suena? ¡Alguien ha venido! Escucho los pasos de André yendo hasta la puerta y abriendo. Charla con alguien.

- ¡¡¡SOCORRO!!! ESTOY EN EL SÓTANO!! ME TIENEN SECUESTRADO. SOCORROOOOOOO. POR FAVOR.

No sirve de nada. Llora porque no sirve de nada. Breton cierra la puerta y baja a hacerme compañía al sótano. Tiene una sonrisa que no le veía desde hacía semanas.

- Merlot, amigo. ¿Por qué gritas?
- Cabrón. ¡Suéltame! ¿¿¿Qué quieres de mí???
- ¿En serio? ¿Cómo puedes ser tan estúpido? -le sienta mal mi estupidez. No sé muy bien por qué-. Llevas aquí más de un mes, Merlot. Sabes exactamente lo que quiero.
- ¡No sé ir a las Tierras del Sueño! No te sé llevar. Solo llegué allí por accidente.
- Te he emborrachado todos los días desde que estás aquí. Tu hígado debe ser paté ahora mismo. ¿Por qué no vuelves?

Le grito con la verdad. Que no lo sé. No puedo decirle nada más, pero él sonrío más. Ahora me fijo en que tiene algo envuelto en un paño en sus manos. Algo que manosea con ansiedad.

- Hay muchas maneras de llegar a las Tierras del Sueño. Pero tienes que ser Soñador para entrar. O ir por las catacumbas de París, claro.
- Pues ve por ahí. ¿A mí qué me cuentas?
- Sabes que no es opción para mí. Tengo que ir soñando.
- Vale. Está bien. Yo... yo te llevo. Tengo que estar suelto. Me emborracho, voy por la ciudad y... y te llevo. Ya te llevé una vez.
- No me puedo fiar. No te puedo soltar. Ya hemos pasado por esto, Merlot. ¿Tan frito tienes los sesos?

Sí. Ya hemos pasado por esto. Ahora lo recuerdo. Qué idiota soy.

- ¡¡¡HIJO DE PUTA, SUÉLTAME!!!
- Te soltaré. Te prometo que te soltaré. Vamos a hacer una última intentona.

Abre el paquete. Es una jeringuilla.

- ¿Qué carajos es eso? ¡Apártalo de mí!
- Es una jeringa. Seguro que has visto alguna antes.
- ¿Qué puñetas hay dentro?
- Ah, amigo mío. Es la última intentona- finge que piensa, divertido -. Bueno, por lo que me ha dicho mi amigo, aquí dentro hay para dos intentonas. O una si no te importa morir en el proceso, claro.

Me agarra el brazo y hago acopio de todas mis fuerzas para detenerle. Me golpea con fuerza y em tira al suelo. Estoy débil, él no.

- QUIETO. O te lo clavo en el ojo. A mí me da igual, lo importante es que el líquido se quede dentro.

Sé que es capaz. Me relajo y le dejo hacer, llorando de la impotencia.

- Por dios bendito, no lo hagas.
 - Si es un pinchacito de nada. No seas así...
-

Estaba de vuelta en Hlanith. Estaba solo, al menos. Solo en ese sucio y apestoso mercado. La luz verdosa, las gaviotas, el estruendoso mercado... Volvía a estar en ese mundo horrible. A esta Tierra de los Sueños, como la llama Breton. Tierra de las Pesadillas, diría yo.

- ¿Eh? Qui... quién habla?

¿Eh? ¿Me oyes?

- ¿De dónde sale esa voz? ¿ES UN DEMONIO?

NO, NO. No soy un demonio. Soy... soy tú. No sé. Debo ser la representación onírica de tus sentimientos. Soy como tu conciencia o algo.

- ¿Mi conc... vale. Te creo. Total, qué más cosas pueden pasarme. – me río, al borde de la locura.

Shhh, Merlot. Tranquilo. Saldremos de esta. Podrás escapar.

- Es imposible. Esas cadenas son muy fuertes. Estoy aquí, pero... sé que estoy allí. Siento que físicamente estoy allí. No me puedo liberar.

No lo entiendes. Llevas años intentando escapar. Llevas años escapando de tu cuerpo, vaso a vaso, gota a gota. André Breton solo te ha ayudado a ello. Yo te ayudaré con el tramo final.

- ¿Qué insinúas?

Haz exactamente lo que te digo.

- ¿A qué te refieres?

Me fui de esa zona. El mercado estaba abarrotado y no quería que me viera nadie.

- Ah, vale. ¿En qué dirección?

Silencio. No hables, solo haz lo que te digo. Daba igual la dirección. Esta tierra no era un lugar físico, sino una idea. Solo tenía que idear... otro sitio.

- No es tan senc...

Inténtalo, Merlot. No seas así...

- AAHH. ¿Dónde estoy?

Estaba en las catacumbas de París. Ahí estaba la entrada que Breton no podía usar. Desatendida, al parecer. Podía cruzar de vuelta a París. Volver en sueños a mi ciudad.

Bien, bien. Lo están entendiendo. Sigue caminando. Así. Breton me dio la pista, casi sin querer. Se puede ir soñando o se puede ir caminando. Y si se puede ir... se puede volver.

- ¿Estoy en París?

Dije confuso al salir finalmente de las catacumbas. No me lo podía creer. Era emocionante estar de vuelta en un sitio tan mundano, tan... real. La gente paseaba por las calles y me miraba como si estuviera loco mientras corría emocionado. Me daba igual, ¡era libre! Libre del alcohol y de mi cuerpo. No sabía cómo, pero todo el mundo me podía ver. No me lo pregunté mucho y simplemente seguí caminando. Breton era famoso. Todo el mundo sabía dónde vivía. Tenía que volver allí.

- ¿A casa de André? ¡No! ¡Tengo que ir a la policía! Ellos me ayudarán.

Seguía sin entender. La policía no podía ayudar en este caso. Nadie podía. Tenía que hacerlo yo solo. Caminé.

- Espero que sepas lo que estás haciendo...

Y ahí estaba la casa de André. Y la ventana del semisótano. Ahí dentro estaba yo. Mi cuerpo, al menos. Abrí la ventana y entré.

- Ah, perfecto. Me voy a liberar y mi cuerpo y yo peharemos con Breton. Le mataremos y así la policía nunca sabrá quién ha sido porque eran dos atacantes, ¿no?

Merlot seguía sin entender. Pero aun así, se acercó a su cuerpo inconsciente y apretó el émbolo de la jeringa. La mitad de la sustancia seguía ahí y eso provocaría una sobredosis.

- ¿QUÉ?

¡No grites! A mí no me puede oír, pero a ti sí. André está arriba. No ha podido acompañarte a la Tierra de los Sueños y está que trina. Debes suicidarte.

- ¡No! ¿Cómo que suicidarme? ¡No tiene sentido!
Gerard.

- ¿Qué? Ese nombre...

Te llamas Gerard. Tú no te acuerdas, pero yo sí. Tu nombre es Gerard y tu esposa Claire.

- ¿Cómo lo sabes?

Yo soy tus sueños. Yo sé lo que tú has decidido olvidar. Eráis Gerard y Claire. Uno no iba sin el otro. Eráis uña y carne. Vuestro amor era puro. Tan puro y profundo que todo el mundo os envidiaba. Por eso la mataron, ¿te acuerdas?

- No...

Dijeron que era un robo, pero tú sabes que no. La mataron porque el mundo nunca estuvo preparado para vuestro amor.

- ¿Quién lo hizo? ¿Quién me la robó?

No es la pregunta correcta. Da igual quién la mató. ¿Vas a vengarla? Eso no es lo que ella habría querido.

- ¿QUIÉN LA MATÓ?

No lo sé. No lo sabes. Da igual.

- ¿Por qué da igual? ¿Cuál es la pregunta correcta entonces?

¿Qué os decíais antes de dormir cada noche?

- Ya entiendo... Nos decíamos "Nos vemos en los sueños".

Siempre fuisteis soñadores. Los dos. Ella está allí, esperándote.

- ¿Estás seguro? ¿De verdad está en la Tierra de los Sueños?
Si no lo estuviera... no serían sueños...

- Tenemos... tengo que encontrarla. Claire...

Despertarás. El efecto de la droga se acabará y volverás. Debes apretar el émbolo.

- Pero moriré...

No.

Vivirás.

- Está bien.

Gerard se acercó al cuerpo de Merlot. No se reconocía en esa cara deforme. En ese cuerpo maltratado y maloliente. En esos harapos que querían hacerse pasar por ropa. Cogió la jeringa y apretó. Se podría haber ido y no ver su cuerpo morir, pero pensó que era importante despedirse. Había estado solo mucho tiempo. Debía estar acompañado en el final.

No necesitó mucho tiempo antes de que empezara a vomitar. Le tumbó, con mucho cuidado para que el vómito no abandonara su boca. Le acarició la barba y le acunó mientras se asfixiaba. En el último segundo, Gerard y Merlot se miraron a los ojos. El segundo no podía hablar, pero lo dijo con los ojos. "Gracias".
irás.

- Gracias a ti.

Y después se levantó y se marchó.

A la Tierra de los Sueños.

En busca de su esposa.